

LA «CATÁSTROFE ALEMANA» Y SUS HISTORIADORES. EL FIN DEL RÉGIMEN NACIONALSOCIALISTA 50 AÑOS DESPUÉS

Ludger Mees

Universidad del País Vasco
Euskal Herriko Unibertsitatea

1. El pasado que no quiere pasar

Han pasado 50 años después del derrumbamiento definitivo del régimen dictatorial y terrorista más brutal que Europa jamás ha conocido y cada vez quedan menos supervivientes de aquellos oscuros 12 años. La gran mayoría de los alemanes y de los europeos en general conocen el régimen nacionalsocialista, si es que realmente lo conocen, de los libros y no ya de su propia experiencia. A pesar de todo ello, por lo menos en Alemania, los fantasmas del pasado se niegan a desaparecer. No hay otro tema que haya tenido más influencia en la vida política, social y cultural del país que la dictadura hitleriana que periódicamente suscita agrios debates no sólo entre una pequeña minoría de intelectuales, sino entre amplias capas de la sociedad en general y de la clase política en particular. Trátese de la instalación de un museo nacional de historia alemana, de la inauguración de un monumento a las víctimas del régimen, de aniversarios como el de la liberación del campo de concentración de Auschwitz, del atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944 o del fin de la Guerra Mundial y con ello de la dictadura, la polémica está siempre garantizada en escenarios que abarcan desde los bares y cafeterías, pasando por los seminarios universitarios, las columnas periodísticas y los programas televisivos de más audiencia, para alcanzar de lleno también a los partidos políticos y los debates parlamentarios. La reciente discusión, llevada con más pasión que razón, sobre el envío de soldados alemanes en coordinación con la OTAN y la ONU a la ex-Yugoslavia, constituye el último ejemplo que nos permite también hoy en día ratificar la tesis que el historiador Ernst Nolte

formuló en su polémico artículo que en 1986 desencadenó el ya famoso «Historikerstreit», o la disputa de los historiadores. Nolte tituló el mencionado artículo así: *Un pasado que no quiere pasar*¹.

A pesar de que las grandes controversias acerca del nacionalsocialismo en Alemania tengan un cierto parecido a erupciones volcánicas con un ciclo vital que transcurre entre la brusca, inesperada e impactante aparición y la lenta extinción, la búsqueda del *por qué* de la barbarie nazi ha tenido una presencia continua en la sociedad alemana de los últimos cincuenta años. No podía ser de otra forma en un país que en los comienzos del siglo XIX había sido la cuna de la moderna historiografía, institucionalizada y profesionalizada como ciencia autónoma e independiente de la filosofía, del derecho y de la teología. Tal y como veremos, esta tradición del historicismo alemán con su particular fijación en la historia política, su veneración del Estado como supuesta máxima finalidad de la evolución de la historia, así como su cercanía ideológica al liberalismo conservador y —en caso de algunos historicistas también autoritario— pesó mucho en los sucesores de los Ranke, Droysen y Treitschke que a partir de 1945 tuvieron que hacer frente a un tremendo reto no sólo historiográfico, sino también político y moral: convertir el estupor, la perplejidad y el dolor en palabras, razonar la sinrazón, argumentar lo aparentemente absurdo, explicar lo que a muchos parecía inexplicable, en definitiva, analizar los horrores de un pasado que la mayoría de los historiadores alemanes había vivido fascinada por la nueva grandeza alemana y a la vez desconcertada por lo que consideraba excesos de los nuevos gobernantes.

2. Los historiadores alemanes durante el nacionalsocialismo

Durante los años de la República de Weimar, la gran mayoría de los historiadores alemanes formaba parte de la oposición nacional-conservadora, que —lejos de aceptar la tesis de la culpabilidad alemana en la I Guerra Mundial rubricada en el tratado de Versalles— nunca había perdonado a la coalición socialdemócrata, católica y liberal-izquierdista

¹ NOLTE, Ernst, «Vergangenheit, die nicht vergehen will», en *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 6.6.1986, reproducido en: AUGSTEIN, Rudolf, *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, Piper, München-Zürich², 1987, pp. 39-47.

su claudicación ante los aliados y su *traición* de los intereses nacionales de Alemania. A lo sumo encontramos entre los historiadores posiciones de un criticismo resignado y no beligerante como la de Friedrich Meinecke, el más prestigioso de los historicistas alemanes, que se había caracterizado a sí mismo como un «Vernunftsrepublikaner», es decir, como un republicano no por convicción y corazón, sino por el cálculo racional de que Weimar era la menos mala de las alternativas políticas existentes en el contexto de la política europea ².

A pesar del escepticismo mostrado por los historiadores alemanes ante la primera democracia alemana, su abierto rechazo del tratado de Versalles y su más o menos articulado nacionalismo, antes de 1933 Hitler no consiguió grandes éxitos entre ellos. Tal y como ocurrió inicialmente con las tradicionales élites políticas y sociales, Hitler no les inspiró confianza con su continua movilización del *populacho* y su retórica violenta y extremista con notables concesiones a un discurso igualitarista y anticapitalista. En este sentido es significativo el dato de que entre todos los catedráticos alemanes no hubo ninguno que antes de 1933 hubiera sido miembro del Partido Nacionalsocialista ³.

En las nuevas circunstancias de la dictadura, sin embargo, tanto la coincidencia con algunos de los puntos del programa del dictador como las presiones de éste y su aparato político y policial con el fin de establecer también en la historiografía un sistema de control total («Gleichschaltung»), comenzaron pronto a dar sus frutos. La actitud de complacencia pasiva de los catedráticos establecidos en las universidades, así como la política de reparto de nuevas plazas universitarias entre jóvenes historiadores abiertamente vinculados con el partido ⁴ llevaron el proyecto nacionalsocialista a los seminarios históricos, donde con la excepción de algunos pocos disidentes liberales y judíos ni siquiera había sido necesario organizar grandes purgas.

Sin embargo, este éxito de los nacionalsocialistas sólo fue relativo, ya que nunca consiguieron la sincronización total entre los historiadores y el régimen. Así constataba por ejemplo uno de los historiadores afines

² KLUCETING, Harm. «"Vernunftsrepublikanismus" und "Vertrauensdiktatur". Friedrich Meinecke in der Weimarer Republik», en *Historische Zeitschrift*, 242, 1986, pp. 69-98.

³ SCHULZE, Winfried, *Deutsche Geschichtswissenschaft nach 1945*, München, 1993, p. 34.

⁴ En 1938, cinco años después de la *Machtergreifung* de Hitler, un 45 % de todos los profesores titulares universitarios de las Facultades de Historia había accedido a sus plazas en los últimos cinco años. Cf. JAEGER, Friedrich, RÜSEN, Jörn, *Geschichte des Historismus*, München, 1992, p. 204.

a los nazis todavía en 1937 durante los debates de la Asamblea Nacional de Historiadores Alemanes un gran déficit en la implantación de una verdadera historiografía nacionalsocialista. Tras su análisis de los temarios ofrecidos por historiadores alemanes se quejó de que sólo en dos casos había encontrado el concepto de «raza». La historia de los judíos se podía estudiar en un único seminario del curso universitario de 1937. Ante esta ausencia de los nuevos temas y la preponderancia de los viejos y conocidos, este historiador nazi recomendó a sus colegas «liberarse de su dependencia de la fuente escrita» y orientar su trabajo por la categoría de la «grandeza histórica», grandeza, como decía, «innata en cada uno de nosotros y reanimada por la grandeza de los tiempos actuales»⁵. Para llevar estos consejos a la práctica y dotar a la ideología racista de una cobertura pseudo-científica, se fundó en 1935 el «Reichsinstitut für Geschichte des neuen Deutschlands» (*Instituto Imperial para la historia de la nueva Alemania*), pero a pesar de las opulentas subvenciones, el Instituto y sobre todo Walter Frank, su director que se suicidó en 1945, nunca lograron superar su marginación debido al desprecio más o menos abierto de sus colegas⁶.

Afinidades ideológicas, pero reticencias ante los intentos de instrumentalización por parte del régimen: así se puede resumir la postura de los historiadores alemanes durante la dictadura⁷. Esta postura no facilitó la labor historiográfica, cuando a partir de 1945 la pregunta de la culpabilidad se convertía en la referencia obligada de cualquier trabajo histórico.

3. La postguerra: explicar lo inexplicable

Fue Friedrich Meinecke, el Nestor de los historiadores alemanes que a la sazón tenía 86 años y casi había perdido toda su visibilidad, el que ya en 1946 publicó uno de los primeros análisis sobre la historia alemana más reciente con el significativo título de «La Catástrofe Ale-

⁵ Sobre este discurso de Moritz Edelmann cf. Schulze, p. 38 s.

⁶ HEIBER, H., *Walter Frank und sein Reichsinstitut für Geschichte des Neuen Deutschlands*, Stuttgart, 1966; SCHULZE, H., «Walter Frank», en WEHLER, Hans-Ulrich (ed.), *Deutsche Historiker*, tomo VII, Göttingen, 1980, pp. 59-81.

⁷ Para más información véase LUNDGREEN, P. (ed.), *Wissenschaft im Dritten Reich*, Frankfurt, 1985 (sobre todo los artículos de Ch. Kleßmann y K. Schreiner).

mana»⁸. Meinecke tenía un pasado limpio, ya que los nazis le habían despojado de su cargo de director de la legendaria «Historische Zeitschrift», el órgano oficial de los historiadores alemanes fundado en 1856. Sin embargo no había conseguido sustraerse a la fascinación por los llamativos éxitos militares de la *Wehrmacht* sobre todo tras la ocupación de Francia en 1940. Tanto este importante libro de Meinecke como otros de historiadores y publicistas menos conocidos se sitúan en el contexto de la polémica desatada por parte de varios escritores anglosajones que habían querido ver en el nacionalsocialismo una consecuencia lógica de la historia alemana, desviada de occidente y predestinada a la catástrofe por lo menos desde los tiempos de Lutero⁹. La tesis de la culpabilidad colectiva de los alemanes que se establecía en estos escritos se convertía en experiencia diaria de millones de alemanes obligados a probar su inocencia ante los tribunales de *desnación*.

Meinecke rechazó estas interpretaciones de la historia, pero hizo sin embargo una serie de concesiones que sorprenden en un historiador conservador cuya obra pertenecía sin lugar a duda a lo mejor de la ortodoxia historicista. En busca de las razones de la catástrofe, Meinecke se adentró en la historia alemana, donde constató un desvío de la misma con respecto a la historia europea en la Revolución fracasada de 1848, un fracaso que posibilitó la recuperación y consolidación del militarismo prusiano con consecuencias nefastas. Sin embargo, no quiso ver en Hitler el producto lógico de esta evolución *sui generis* de la historia alemana, ya que lo ocurrido en Alemania a partir de 1933 fue consecuencia de una lucha entre dos movimientos no sólo en Alemania, sino en toda Europa: la lucha entre nacionalismo y socialismo. Sin llegar a una conclusión clara y coherente, al final de su libro Meinecke intuye que en el futuro, si se quería llegar más lejos en el análisis del nacionalsocialismo, quizás sea necesario corregir los tradicionales conceptos tanto de la historia como de la historiografía alemanas. Está a la vista que estas reflexiones suponen una pequeña revolución en un hombre de 84 años que durante toda su vida había sido uno de los máximos defensores de la ortodoxia que ahora le parecía incorrecta e insuficiente.

⁸ MEINECKE, Friedrich, *Die deutsche Katastrophe. Betrachtungen und Erinnerungen*, publicado en: *ibid.*, *Autobiographische Schriften*, Stuttgart, 1969, pp. 323-445.

⁹ O'BUTLER, Rohan, *The Roots of National Socialism*, London, 1941; Mc GOVERN, William Montgomery, *From Luther to Hitler. The History of Nazi-Fascist Philosophie*, London, 1946.

El hombre que iba a coger el testigo de Meinecke como principal representante de los historiadores alemanes en los años de la postguerra fue Gerhard Ritter. A finales de la guerra emergía como la nueva estrella en el firmamento de los historiadores tanto por su incansable labor profesional como autor de numerosos artículos en revistas especializadas como por su reputación como participante de la Resistencia contra Hitler. Tras el atentado fallido de 1944, Ritter fue encarcelado por la *Gestapo* y sobrevivió gracias a su liberación poco antes de la llegada del Ejército Rojo. Su libro, publicado en el mismo año que el de Meinecke (1946), lleva el título de «Geschichte als Bildungsmacht» («Historia como fuerza educadora/aculturadora»). Más que este título genérico es el subtítulo el que revela el contenido y objetivo del trabajo: «Una aportación a la reorientación histórico-política»¹⁰.

Ritter, entre 1948 y 1953 presidente de la Federación de Historiadores Alemanes, había vivido durante el régimen dictatorial el mismo dilema como la mayoría de los historiadores conservadores y que consistía en compartir con los nazis partes de su programa, sobre todo la reivindicación de la revisión del tratado de Versalles, rechazando en cambio otros aspectos de la política del nuevo régimen. Ritter, a pesar de su talante conservador y nacionalista y al contrario de lo que pasó a la mayoría de sus colegas, ya había llegado antes de la *Machtergreifung* a una opinión francamente crítica sobre el movimiento nacional-socialista, en el cual veía un gran peligro para el futuro y al que prometía oponerse «con todas mis fuerzas, es decir, con todos mis escritos», tal y como lo afirmó en 1932 en una carta a un amigo¹¹. En su mencionado libro, Ritter se muestra más cauteloso que Meinecke, subrayando al lado de las desviaciones y de los extravíos en la historia alemana también los aciertos. Rechaza una revisión total —y más guiada por los sentimientos que los razonamientos— de la historia del país, si bien admite una crítica parcial contra algunos aspectos de la misma como la exagerada veneración del Estado, la política de poder, el hipernacionalismo y otros. Ritter no reconoce ninguna línea directa de la historia alemana que llevara a Hitler y acentúa, más aún que Meinecke, la vertiente europea de la catástrofe. Esta idea queda más clara en su siguiente libro publicado dos años después y titulado «Europa y la

¹⁰ RITTER, Gerhard, *Geschichte als Bildungsmacht. Ein Beitrag zur historisch-politischen Neubesinnung*, Stuttgart, 1946.

¹¹ Cita en SCHULZE, p. 60.

Cuestión Alemana»¹². Aquí retoma y elabora una tesis formulada ya por Meinecke y otros, según la cual hay que considerar el proceso de masificación de las sociedades occidentales tras la I Guerra Mundial como una de las principales condiciones de los movimientos fascistas posteriores. Este proceso de masificación y despersonalización convierte a los ciudadanos en una masa anónima, cada vez más manipulable y por lo tanto prenda fácil de la demagogia populista de los dictadores. El antídoto contra este peligro consistía para Ritter en un Estado fuerte que debía mediar y desactivar los conflictos existentes entre los diferentes sectores de la sociedad. Esta apuesta por una democracia elitista con una clara preponderancia de la ejecutiva ante el poder legislativo refleja todavía la traumática experiencia de la República de Weimar que para conservadores como Ritter había sido víctima del mencionado proceso de masificación.

La tesis de la masificación consiguió enterrar las tímidas propuestas renovadoras y dar paso a la articulación de una historiografía restauracionista que en plena Guerra Fría pronto pudo olvidarse de las inquietantes reflexiones e ideas presentadas por algunos de sus representantes en la corta fase transitoria entre Guerra *Caliente* y *Fría*. Los historiadores de la ahora separada Alemania se refugiaron en su respectiva ortodoxia que para los del este consistía en la conocida interpretación del fascismo como dictadura de los elementos más reaccionarios, chovinistas e imperialistas del capital financiero, tal y como la había formulado en 1933 Georgi Dimitrov en el seno de la *Komintern*. Para los historiadores de la RFA la teoría oficial que marcaba las interpretaciones del nacionalsocialismo durante los años 1950 y 60 fue la teoría del totalitarismo aplicada con los instrumentos tradicionales heredados del historicismo clásico con su concentración en la historia política e ideológica. Según la interpretación totalitarista, teoretizada con maestría por Hannah Arendt¹³ y aplicada al caso nacionalsocialista sobre todo por Karl Dietrich Bracher¹⁴, el nacionalsocialismo y el esta-

¹² RITTER, Gerhard, *Europa und die deutsche Frage. Betrachtungen über die geschichtliche Eigenart des deutschen Staatsdenkens*. München, 1948.

¹³ ARENDT, Hannah, *Elemente und Ursprünge totaler Herrschaft*. Frankfurt a.M., 1962 (existe edición en castellano: *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid², 1987).

¹⁴ Entre las múltiples obras de Bracher cabe destacar sobre todo las siguientes publicaciones: BRACHER, Karl Dietrich, *Die deutsche Diktatur. Entstehung, Struktur und Folgen des Nationalsozialismus*, Köln/Berlin², 1969 (hay traducción al castellano: *La dictadura alemana: génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, 2 to-

linismo comparten una serie de rasgos comunes estructurales lo que permite analizar ambos sistemas de poder bajo el mismo concepto del totalitarismo. En los trabajos de Bracher, el historiador que como nadie ha impulsado la aplicación del concepto del totalitarismo, estos rasgos compartidos de los regímenes totalitarios serían el establecimiento de un sistema de poder total, el principio de liderazgo personal incuestionado, la imposición de una ideología pura, así como la ficción de la identidad entre opresores y oprimidos.

Es evidente que el éxito del concepto totalitarista sobre todo en los años 1950 y 60 no se puede desvincular del contexto político y cultural que vivía la sociedad alemana durante aquellos años en los que la Guerra Fría casi de la noche a la mañana había convertido a la RFA en el aliado más importante de las potencias occidentales en la nueva coalición anticomunista. Los mismos que aún poco antes estaban obligados a aportar ante los tribunales de *desnazificación* pruebas de su inocencia, ahora se estaban convirtiendo en guardianes de la democracia. La teoría del totalitarismo, que por el otro lado no era un producto de la Guerra Fría, ya que había servido a partir de finales de los años 1920 a los fascistas italianos como concepto de autodefinición de su régimen, cumplió un importante papel psicológico negando implícitamente la singularidad del régimen nacionalsocialista por su comparación con el régimen estalinista, aunque sería injusto e incorrecto imputar a Bracher cualquier intencionalidad política en este sentido. Sin embargo, el deseo de olvidarse del pasado, de dejar atrás las inquietantes preguntas de la inmediata postguerra así como sus implicaciones éticas y morales, encontró su respuesta en la teoría totalitarista y en unas pautas de comportamiento político y cultural enormemente conservadoras de una población alemana que tras los grandes esfuerzos de reconstrucción del país vivía la euforia consumista del «Wirtschaftswunder» (milagro económico). Como además las interpretaciones marxistas ortodoxas del fascismo que venían del otro lado de la frontera no aportaron ideas o puntos de vista nuevos, hubo que esperar hasta bien entrado en la década de los años 1960 para que se dieran nuevos impulsos en el co-

mos, Alianza, Madrid², 1995); BRACHER, Karl Dietrich, SAUER, Wolfgang, SCHULZ, Gerhard, *Die nationalsozialistische Machtergreifung. Studie zur Errichtung des totalitären Herrschaftssystems in Deutschland, 1933-1934*, Köln/Opladen, 1960; BRACHER, Karl Dietrich, *Zeitgeschichtliche Kontroversen um Faschismus, Totalitarismus, Demokratie*, München, 1976 (castellano: *Controversias de historia contemporánea sobre fascismo, totalitarismo y democracia*, Alfa, Barcelona, 1983).

nocimiento de la historia alemana en general y del nacionalsocialismo en particular.

4. Nuevos aires en la historiografía: el «Fischer-Debatte» y el comienzo de la historia social

La Alemania del *Wirtschaftswunder* fue un país altamente movilizadado no únicamente en el plano económico. Para nuestro tema resulta asimismo de enorme relevancia el descomunal crecimiento de la educación universitaria que abarcaba a un cada vez mayor porcentaje de la juventud y erosionaba las tradicionales estructuras de poder en las Universidades mediante la creación de un gran número de nuevas plazas a las que accedían profesores jóvenes poco dados a someterse a los viejos convencionalismos y abiertos a nuevas ideas. Entre los sectores con mayor crecimiento figuran las Ciencias Sociales en cuyos seminarios el interés por el nacionalsocialismo se iba a convertir en una constante de la labor académica. Finalmente, la pujante universidad alemana llegará a ser el foco principal de la «Revolución del 68» en la cual la juventud sobre todo académica alemana exteriorizó su descontento con la sociedad consumista y conservadora de sus padres. En consecuencia, y tras el giro estratégico de los liberales en las elecciones de 1969, los socialdemócratas consiguieron desalojar a los democristianos del poder dando comienzo a una era de reformas.

En la historiografía, sin embargo, esta era de reformas ya había comenzado años antes. En 1961, Fritz Fischer, catedrático de historia de la Universidad de Hamburg, había publicado un libro que desencadenó una durísima polémica, dando así el pistoletazo de salida para un proceso de revisión tanto de los contenidos como —más tarde— de la metodología de la historiografía alemana¹⁵. El libro de Fischer, un análisis de la I Guerra Mundial que se sustentaba en una metodología clásica historicista por su casi exclusiva concentración en la historia política y diplomática, levantó ampollas porque tocó uno de los tabúes de la historiografía alemana tradicional. Lejos de considerar el nacionalsocialismo como el producto de un desvío más o menos accidental de la historia alemana tras la I Guerra Mundial, Fischer esgrimió la tesis de que Hitler había sido la consecuencia lógica de la evolución histórica de la sociedad alemana. Frente a las tesis rupturistas, el catedrático de Ham-

¹⁵ FISCHER, Fritz: *Der Griff nach der Weltmacht*, Düsseldorf, 1961.

burgo subrayó las líneas de continuidad entre, en este caso, la política militarista y expansionista de las élites de poder alemanas como causa principal de la I Guerra por una parte y la misma política acometida por las mismas élites bajo el nacionalsocialismo por otra.

De esta manera, Fischer había dado el primer paso para la renovación de la historiografía alemana. El segundo que después del contenido afectaba también la metodología dio el historiador Hans Rosenberg que tras su vuelta del exilio estadounidense a partir de 1949 impartía clases de historia en la Universidad Libre de Berlín. Su libro sobre el Imperio Bismarckiano, publicado en 1967, fue otro de los hitos de la moderna historiografía alemana ya que si bien confirmaba la tesis de Fischer acerca de las líneas de continuidad en la historia alemana para explicar el régimen nazi, rompía con su metodología abogando claramente por la superación de la clásica historia política mediante la integración de teorías provenientes de otras ciencias sociales, lo que Rosenberg ejemplificó con las teorías sobre los ciclos económicos de economistas como Konratiev y otros¹⁶. La influencia de Rosenberg fue fundamental en muchos de los jóvenes historiadores que después iban a configurar la nueva historia social alemana (Wehler, Kocka, Winkler, Puhle y otros) y que, partiendo de las tesis de Fischer, Rosenberg y otros historiadores no-ortodoxos, elaboraron la interpretación dominante del nacionalsocialismo durante los años 1970 y principios de los 80, que concibe el nacionalsocialismo como resultado de *un camino particular alemán* a la modernización esencialmente diferente al camino recurrido por otras democracias occidentales como Francia y Gran Bretaña¹⁷. En resumidas cuentas, según esta interpretación, el proceso de modernización alemán se caracteriza por el gran contraste entre la modernización económica por una parte y el atraso político por otra. La sociedad alemana padecía de una inestabilidad estructural porque carecía de los instru-

¹⁶ ROSENBERG, Hans: *Große Depression und Bismarckzeit. Wirtschaftsablauf, Gesellschaft und Politik in Mitteleuropa*, Berlin, 1967.

¹⁷ El estudio paradigmático que como ningún otro ha marcado el debate sobre el *Sonderweg* a través de varias reediciones y traducciones en muchos idiomas —es simplemente escandaloso que no exista ningún editor español que se haya interesado por el libro— es el de WEHLER, Hans-Ulrich, *Das Deutsche Kaiserreich, 1871-1918*, Göttingen, 1973. Wehler se inspiró en los trabajos de Eckart Kehr, un historiador alemán afín al marxismo y en consecuencia marginado y relativamente desconocido, que había fallecido en 1933 teniendo sólo 30 años. Una valoración del debate presenta su otro gran protagonista Jürgen KOCKA, «German History before Hitler: The Debate about the German Sonderweg», en *Journal of Contemporary History*, 23, 1988, pp. 3-16.

mentos políticos que otorgan las democracias modernas a sus ciudadanos para administrar y amortiguar los desajustos sociales provocados por el proceso de crecimiento industrial acelerado. Por lo tanto, el fatal auge del nacionalsocialismo en el país económicamente más *moderno* de Europa se debe a su particular falta de modernidad y su atraso en los ámbitos social y político, lo que se concreta —entre otras cosas— en su tardía formación como Estado-Nación, la transcendental influencia mantenida por el aparato militar en todos los sistemas políticos anteriores a 1933, el acceso directo de los máximos responsables militares al poder supremo primero real y luego presidencial, el poder de la burocracia en las estructuras del Estado, el peso de las tradiciones anti-liberales en la cultura política, así como la temprana ruptura entre movimiento obrero y liberalismo.

En los últimos años, este nuevo paradigma se ha visto sometido al intenso fuego argumental de los críticos que se agrupan en tres campos. El primero grupo crítico se constituye fundamentalmente de historiadores más o menos cercanos a planteamientos marxistas que rechazan la tesis del particularismo alemán, es decir, el supuesto déficit democrático, la falta de *modernidad* en el sistema político, como variable explicativa de la historia alemana y del nacionalsocialismo. Para estos críticos, la catástrofe alemana no se debe a la larga pervivencia de estructuras sociales y políticas premodernas, sino a la deliberada estrategia de la alta burguesía de salvar el sistema capitalista y con ello su supremacía política de la más grave crisis conocida hasta entonces. No falta de modernidad sino lógica del capitalismo —ésta por lo tanto es la tesis principal de los críticos—¹⁸. El debate actualmente se encuentra abierto y, podríamos decir, en tablas con ventajas para los defensores del *Sonderweg*. Éstos han cedido algo con respecto a la terminología

¹⁸ Cf. sobre todo el libro de BLACKBURN, D., ELEY, G., *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in 19th Century Germany*, Oxford, 1984. Las —según yo sepa— aportaciones más recientes de este grupo de críticos se encuentran en el libro editado por MARTEL, Gordon, *Modern Germany Reconsidered 1870-1945*, London/New York, 1992. Véanse allí los artículos de Geoff Eley («Bismarckian Germany», pp. 1-32), James Retallack («Wilhelmine Germany», pp. 33-53), Herwig, Holger H. («Industry, Empire and the First World War», pp. 54-73). Por otra parte estoy de acuerdo con la valoración de G.A. Ritter que considera que la influencia de estos críticos ha sido mucho más notable en el extranjero que en Alemania debido a la falta de traducciones de muchas de las obras claves de la nueva historia social alemana. Cf. RITTER, Gerhard A., «Die neuere Sozialgeschichte in der Bundesrepublik Deutschland», en KOCKA, Jürgen (ed.), *Sozialgeschichte im internationalen Überblick. Ergebnisse und Tendenzen der Forschung*, Darmstadt, 1989, pp. 19-88 (valoración p. 39).

ya que hoy en día ya no se habla de un *camino particular* porque ello supondría la existencia de otro camino normal, cuando en realidad no existen más que un gran número de caminos particulares a la modernidad cuyo perfil no varía sólo entre —por ejemplo— Alemania y Francia, sino también entre Francia y Gran Bretaña. Por el otro lado, los historiadores críticos como los ingleses Geoff Eley, David Blackburn o Richard Evans, han tenido grandes problemas para fundamentar su tesis del supuesto gran parecido en la evolución de la moderna sociedad burguesa en los grandes países occidentales y no han conseguido negar el peso de esos elementos pre-modernos ya mencionados que caracterizan la historia de Alemania, pero no la de Francia o Inglaterra.

Un segundo frente crítico está formado por jóvenes historiadores generalmente también de izquierdas, en muchos casos identificados con el movimiento ecologista y alternativo. Ellos oponen su concepto de la *Alltagsgeschichte* («historia cotidiana») a una historia social en su opinión demasiado estructuralista que detrás de tantas estadísticas y teorías se ha olvidado de las vivencias personales e individuales de los ciudadanos. Para ellos, una *historia desde abajo* articulada partiendo de estas vivencias muchas veces lleva a unos resultados que no coinciden con los que se han obtenido con una metodología más estructuralista. Anclados en estos presupuestos, en los últimos años se han publicado un sinnúmero de estudios sobre el nacionalsocialismo de muy variada calidad que se mueven preferentemente en ámbitos regionales, locales o microsociológicos. Los mejores de estos estudios han enriquecido sin duda nuestro conocimiento sobre la relación entre las grandes magnitudes del proceso histórico bajo el régimen nacionalsocialista y su percepción en la *Lebenswelt*, el espacio vital de los ciudadanos. Para mencionar sólo un ejemplo, uno de los campos de estudio más fructíferos ha sido el de la oposición al régimen. Frente a un concepto demasiado restrictivo e intencionalista de la oposición, los investigadores de la vida cotidiana han descubierto otras formas menos directas y —aunque no siempre— menos arriesgadas de mostrar el desacuerdo con determinadas partes de la política nacionalsocialista (negar el saludo hitleriano, no izar la bandera nazi, escuchar música *swing*, frecuentar la misa, etc.), lo que en alemán se ha plasmado en la popularidad del concepto nuevo de *Resistenz* para contrarrestar con el más directo y exclusivo de *Widerstand* («oposición») ¹⁹. De esta manera ha quedado notablemente

¹⁹ El historiador que como ningún otro abrió el camino a los estudios sobre la historia cotidiana del nacionalsocialismo en general y —entre muchos otros temas— la

matizada la gran tesis de la dominación totalitaria de Hitler y su aparato sobre prácticamente todos y cada uno de los segmentos de la sociedad alemana, condenada a la pasividad y —salvo las pocas conocidas excepciones— incapaz de articular cualquier tipo de descontento. El peligro de esta revisión sin embargo está a la vista: la magnificación de la resistencia que de repente aparece en todas partes. Es evidente que por ejemplo un campesino bávaro que a pesar de la prohibición seguía comprando vacas a un comerciante judío no necesariamente lo hacía por su desacuerdo con el antisemitismo nazi, siendo fríos cálculos económicos el motivo en la mayor parte de los casos de este tipo.

Un tercer grupo de críticos lo constituyen historiadores conservadores cercanos al gobierno democristiano. Llevados por la ola de neoconservadurismo que empezó a recorrer la sociedad alemana a partir de la mitad de la década de los años 1980 y que en 1982, nuevamente gracias al oportunismo político de los liberales, dio el gobierno al democristiano Helmut Kohl, estos historiadores criticaron la interpretación demasiado negativa y destructiva de la historia alemana proponiendo una revisión total de la imagen del nacionalsocialismo que los historiadores sociales estaban presentando. Para Ernst Nolte, el más brillante y polémico representante de esta corriente, el régimen nazi no era ni accidente o desvío de la historia alemana ni fruto lógico de la evolución de la misma, sino mera reacción y respuesta al peligro proveniente de la revolución bolchevique. Dentro de esta lógica, las atrocidades cometidas por los nazis dejaron de ser agresiones para convertirse en medidas de autodefensa contra el peligro rojo y para esta lógica no importaba si este peligro era real o imaginario. El hecho de que los representantes de la comunidad internacional de los judíos al comienzo de la guerra se alienaran claramente con los *enemigos* de Alemania, para Hitler era otra prueba más, la definitiva, para su tesis de la con-

historia de la resistencia/oposición al mismo, fue el durante muchos años director del *Institut für Zeitgeschichte* («Instituto para la historia de nuestro tiempo») muniqués, Martin Broszat. A modo ejemplar véanse los seis tomos del monumental *Bayernprojekt* editados por Broszat: BROSZAT, Martin (ed.), *Bayern in der NS-Zeit. Herrschaft und Gesellschaft im Konflikt*, 6 tomos, München, 1977-83, especialmente su artículo sobre el concepto de la «Resistenz»: «Resistenz und Widerstand. Eine Zwischenbilanz des Forschungsprojekts», *ibid.*, tomo 4, 1981, pp. 691-709, artículo reeditado en su libro titulado *Nach Hitler*, München, 1986, pp. 68-91. Una valoración de la enorme importancia de Broszat, fallecido en 1989, y su obra para la historiografía alemana presenta MOMMSEN, Hans: «Die Gegenwart als Geschichte. Zeitgeschichte als "kritische Aufklärungsarbeit"», en *Geschichte und Gesellschaft*, 17, 1991, pp. 141-157.

juración bolchevique-judía en contra de su país, lo que se convertía en la base del deplorable y cruel, pero para Nolte en términos historiográficos entendible Holocausto²⁰. Con todo, Nolte y sus compañeros no dejaron lugar a duda de que al lado del puramente historiográfico había otro argumento de peso que exigía esta revisión de la reciente historia alemana. En su opinión, a lo largo ninguna sociedad, y menos la alemana confrontada con enormes problemas de integración y cohesión tras la unificación en 1989, puede vivir tranquilamente bajo la losa que supone la falta de autoestima, la crónica mala conciencia debida a ese *pasado que no quiere pasar*. Por lo tanto, una *normalización* de esta situación consistente en la recuperación de las virtudes positivas de la historia nacional alemana y en la superación de esa relación traumática y patológica con el propio pasado, redundaría en beneficio de la estabilidad y armonía no sólo de Alemania, sino de Europa entera.

Hoy en día, y a pesar de tener a su favor el clima político-cultural así como a influyentes políticos y en consecuencia abundantes medios económicos, tras la gran disputa de los historiadores que Nolte desencadenó en 1986, esta escuela revisionista ha quedado bastante marginada debido a la ola de protestas generadas en el interior y el exterior del país, el lento distanciamiento del mismo canciller Kohl que ahora asume plenamente la tesis de la culpabilidad alemana por ejemplo en el Holocausto y de la singularidad del mismo, así como por la relativa facilidad con la que los historiadores críticos han desmontado los argumentos a veces bastante torpes de los revisionistas. Sin embargo, a pesar de que actualmente la discusión se haya bastante serenado y las aguas del ya famoso *Historikerstreit*²¹ hayan vuelto a su cauce, parece

²⁰ NOLTE, ERNST: *Der Europäische Bürgerkrieg 1917-1945. Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Berlin, 1987. Las principales tesis se encuentran asimismo en el artículo citado en la nota 1. En castellano acaba de publicarse una versión ampliada de su obra *Lehrstück oder Tragödie*, donde Nolte resume algunas de sus principales tesis acerca del nacionalsocialismo. Cf. NOLTE, ERNST: *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo xx*, Ariel, Barcelona, 1995.

²¹ AUGSTEIN, Rudolf et alii, *Historikerstreit. Eine Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*, München², 1987; WEHLER, Hans-Ulrich, *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*, München, 1988; Landeszentrale für Politische Bildung Nordrhein-Westfalen (Ed.): *Streitfall Deutsche Geschichte. Geschichts- und Gegenwartsbewußtsein in den 80er Jahren*, Düsseldorf, 1988. En inglés se pueden consultar los trabajos de EVANS, Richard J., *In Hitler's Shadow. West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past*, New York, 1989; MAIER, Charles S., *The Unmasterable Past. History, Holocaust and German National Identity*, Cambridge, Mass.

imposible desterrar la polémica del debate historiográfico sobre el nacionalsocialismo, tal y como quedará patente con estos breves apuntes finales sobre algunas de las cuestiones actualmente más debatidas en la historia del nacionalsocialismo alemán.

5. Los temas de debate actuales

La polémica actual gira fundamentalmente en torno a dos aspectos: la valoración de la resistencia/oposición al régimen y la tesis del supuesto carácter *renovador* y *modernizador* del nacionalsocialismo²². En ambas discusiones se percibe una tendencia de recuperar planteamientos vigentes antes de la gran revisión crítica de los años 70. Esto queda muy claro en el debate sobre la oposición conservadora contra el régimen nacionalsocialista. Con motivo del cincuentenario del fallido atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944, se han publicado varios estudios sobre diferentes aspectos de esta oposición. Es notable el cambio de rumbo interpretativo que caracteriza la mayoría de estas obras en comparación con los trabajos presentados justamente una década anterior cuando se cumplían los 40 años del atentado. Entonces, en pleno auge de la historia social crítica, la tónica general de las publicaciones había sido la revisión crítica de los postulados defendidos por los primeros estudiosos de la oposición, que a veces habían participado personalmente en la conspiración o por lo menos tenían un conocimiento directo de la misma. El mayor logro de la literatura crítica consistió en dismantelar la mitificación de los hombres del 20 de julio como ab-

1988; ELEY, Geoff: «Nazism, politics and the image of the past: thoughts on the West German Historikerstreit 1986-1987», en *Past and Present*, 121, 1988, pp. 171-208.

²² El carácter sintético de este artículo no me permite valorar debidamente otros aspectos de la investigación reciente acerca del nacionalsocialismo, como por ejemplo la discusión sobre la estructura social del movimiento nacionalsocialista que es sin duda uno de los ámbitos temáticos en los que se han realizado los mayores avances. Cf. al respecto el bajo todos los aspectos ejemplar trabajo de FALTER, Jürgen W., *Hitlers Wähler*, München, 1991. Valiéndose de una sofisticada metodología de análisis para indagar comportamientos electorales mediante el tratamiento de una enorme cantidad de datos, pero evitando en todo momento los riesgos de la cliometría pura y dura gracias a la permanente contrastación de los datos informatizados con otras informaciones extrainformáticas sobre el contexto histórico, Falter construye a lo largo de casi 450 páginas su tesis de la NSDAP como un «partido popular de protesta» («eine Volkspartei des Protestes»). Este libro está llamado a ser un clásico de los próximos años o quizás décadas.

negados demócratas que habían sabido guardar las verdaderas esencias éticas y morales de la nación alemana en las durísimas circunstancias de la dictadura, pagando al final por esta rectitud y entereza moral con su propia vida para convertirse en la postguerra en padrinos históricos de la nueva democracia alemana.

La valoración de los mismos hechos y de las mismas personas, eso sí: ahora con un apoyo documental bastante más amplio, que presentaron los revisionistas de 1984 fue muy diferente. No quedó en pie la tesis de las convicciones profundamente democráticas de los conspiradores como móvil principal de su rebelión, ya que según las nuevas interpretaciones sólo una pequeña minoría de los hombres del 20 de julio pertenecía desde los comienzos de la dictadura a la categoría de defensores de la democracia. La gran mayoría, en cambio, evolucionó lentamente desde posiciones ideológicas cercanas al pensamiento anti-democrático y autoritario, a veces incluso abiertamente nacionalsocialista, a una postura de primero consternación y después, ya bastante después del comienzo de la guerra, a la oposición activa. En definitiva, se presentó una nueva imagen de la oposición conservadora ahora pintada ya no en el contraste blanco-negro sino en tonos grises, en la que el debido respeto y la admiración del coraje de los activistas no imposibilita observaciones críticas relacionadas con su ideología, su colaboracionismo, su antisocialismo o su actitud sectaria ante la cooperación con otros círculos resistentes cercanos al Partido Comunista.

Diez años más tarde, en cambio, la nueva literatura se esfuerza más o menos abiertamente en volver a una interpretación más acrítica y más positiva del mismo fenómeno. Así por ejemplo se desempolva la tesis del abnegado altruismo de los conspiradores como único motivo del atentado, cuando ya sabíamos que Stauffenberg y amigos eran todo menos que *kamikazes* ignorantes y soñadores guiados exclusivamente por los imperativos de la pureza ética, ya que todavía pocos días antes del atentado discutían con vehemencia todas las posibles consecuencias estratégicas que la desaparición de Hitler podría tener, especulando incluso con la posibilidad de que una capitulación militar a tiempo podría asegurar a Alemania una posición más o menos ventajosa en la Europa del futuro. En esta misma línea se encuentran algunas biografías sobre hombres cercanos al núcleo de la oposición en las que la implicación del protagonista en las preparaciones del complot se eleva a un nivel que una lectura más crítica de las fuentes no hubiera permitido. En otros trabajos sobre la ayuda a los judíos perseguidos por los verdugos nazis se interpreta la valiente pero puntual ayuda a conocidos y familiares

judíos como oposición general contra las medidas del Holocausto, cuando se sabe que a pesar de estas actividades el judío pobre y desconocido no tuvo un *lobby* en Alemania y que el caso de Oskar Schindler fue la excepción y nunca la regla. Si añadimos la fuerte politización del aniversario promovido por los familiares de algunos de los conspiradores del 20 de julio que se han negado a compartir ningún acto público con descendientes de la resistencia comunista, —una actitud apoyada abiertamente por el Ministro de Defensa alemán—, parece fundado el temor expresado por un articulista en una importante revista historiográfica alemana de que la historiografía sobre la resistencia parece haber entrado en una nueva fase de «construcción de mitos e instrumentalización política»²³.

El debate acerca de los efectos modernizadores de la política nacionalsocialista que actualmente se lleva con cierta vehemencia no es nuevo. Sus orígenes se encuentran en dos importantes publicaciones aparecidas a mediados de la década de los años 1960 en las que por una parte el sociólogo alemán Ralf Dahrendorf y por otra el historiador americano David Schoenbaum argumentaron que el régimen nacionalsocialista, contra la voluntad de sus dirigentes, había causado una *revolución social*²⁴ en la sociedad alemana preparando así el camino para el posterior establecimiento de la moderna sociedad liberal democrática. Para estos autores, la necesidad de asegurarse un control total de la sociedad empujó a los nazis a romper las estructuras de poder vigentes en la Alemania anterior a 1933. La destrucción de las tradicionales lealtades de grupo religiosas, regionales, familiares o corporativas así como la correspondiente erosión de las tradicionales normas y valores enterraron definitivamente a la sociedad tradicional del *Kaiserreich* y crearon las condiciones para una descomunal movilidad social de los ciudadanos. La idea del *Volksgenosse*, del Camarada Nacional, que resumía en una palabra la propaganda egalitaria nazi, consiguió además

²³ HEINEMANN, Ulrich: «Arbeit am Mythos. Neuere Literatur zum bürgerlich-aristokratischen Widerstand gegen Hitler und zum 20. Juli 1944 (Teil I)», en *Geschichte und Gesellschaft*, 21 (1995), pp. 111-139, cita p. 138. Este artículo es un excelente «estado de la cuestión» de la investigación acerca de la resistencia/oposición conservadora bajo el régimen nacionalsocialista. Remito al lector interesado a las extensas referencias bibliográficas en las notas a pie de página que facilitan la orientación a través del gran número de estudios publicados en los últimos años.

²⁴ SCHOENBAUM, David, *Hitler's Social Revolution: Class and Status in Nazi Germany 1933-1939*, New York, 1966; DAHRENDORF, Ralf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, München, 1965.

allanar —para Schoenbaum incluso destruir— diferencias de clase y status, sea en la realidad por la posibilidad de ascenso social ofrecido por el partido, sea a nivel imaginario en la conciencia de la gente.

Partiendo de las reflexiones de Dahrendorf y Schoenbaum, en los últimos años han aparecido una serie de trabajos escritos por jóvenes historiadores y politólogos que van aún más lejos en su juicio sobre los efectos modernizadores del régimen nazi. Para Rainer Zitelmann, el más activo de este grupo de historiadores, la citada revolución social no era un producto colateral y no intencionado de la política de Hitler, sino el resultado coherente y lógico de su programa, por lo cual Zitelmann eleva a Hitler a la categoría de un auténtico revolucionario²⁵. Desde esta perspectiva, el Tercer Reich se nos presenta como un Estado industrial guiado por tecnócratas y basado en un amplio consenso popular facilitado por una moderna política de bienestar social. Por lo tanto, es en el *Tercer Reich* donde se crean los fundamentos para la moderna sociedad de consumo postbélica y no en la estancada e inmovilista República de Weimar. Los argumentos en los que se sustenta esta tesis hacen referencia no sólo a la ya mencionada supuesta nivelación de las barreras sociales y de status, sino también a la erradicación del desempleo a partir de la mitad de la década de los años 1930, la elevación de los salarios y la mayor disponibilidad de bienes de consumo, en definitiva, al nacimiento de una moderna sociedad de consumo. Se valora asimismo positivamente la construcción de viviendas de protección oficial como antecedente de lo que iba a ser uno de los pilares sociales de la futura RFA que heredaría del régimen nacionalsocialista asimismo la decidida fomentación del progreso técnico y científico. Finalmente se subraya la eliminación de los privilegios de las tradicionales élites aristocráticas en el ejército como primer paso a su integración en la sociedad. Resumiendo, y valiéndonos de las palabras de Hans Mommsen,

*«(...) en el transcurso de las reflexiones de Prinz y Zitelmann se vislumbra la idea de una positiva visión sociopolítica del nacionalsocialismo, es decir, de los cuadros directivos nacionalsocialistas (una visión, así sigue el pensamiento, que no pudo ser realizada debido a circunstancias desafortunadas o decisiones erróneas). Aquí se encuentra el núcleo del disenso investigador».*²⁶

²⁵ ZITELMANN, Rainer, *Hitler. Selbstverständnis eines Revolutionärs*, Stuttgart², 1991; PRINZ, M., ZITELMANN, R. (Ed.), *Nationalsozialismus und Modernisierung*, Darmstadt, 1991.

²⁶ «Im Hintergrund der Überlegungen von Prinz und Zitelmann schimmert die Vorstellung einer positiven gesellschaftspolitischen Vision des Nationalsozialismus, d.h.

A pesar de la enorme publicidad conseguida por estos autores con sus tesis provocadoras y a pesar del efecto sorpresa de las mismas que ha obligado a reaccionar a los historiadores disconformes desde la defensiva, el balance del debate actual está claramente en su contra. Sin poder detallar aquí todas las objeciones que se han hecho a las tesis del grupo de Zitelmann, sí se puede señalar que confluyen en esta afirmación: El objetivo de la política nacionalsocialista no fue la modernización del país, la que no impulsaron ni consciente ni inconscientemente, sino la consolidación de su poder totalitario. Una característica de su política fue la vinculación de la misma a unos criterios de rentabilidad inmediata, lo que excluía una planificación racional a largo plazo, sin la cual no puede existir una política modernizadora. Uno de los ejemplos más reveladores en este sentido es la subordinación absoluta de todo el sistema productivo y científico a las necesidades de la industria de armamento. Entre 1933 y 1938 el valor de las inversiones en este sector industrial subió de 1,6 % al 18,8 % del producto interior bruto, es decir, los nacionalsocialistas invirtieron en la producción de armas tres veces el dinero invertido en todos los demás sectores en conjunto. Estas inversiones se financiaron con un escandaloso incremento de la deuda pública y drásticos recortes en otros ámbitos, como por ejemplo la educación universitaria no directamente ligada al sector armero, cuyos obreros (obreras) fueron, por otra parte, los únicos que realmente consiguieron por lo menos durante algunos años una cierta mejora salarial, compensada por los bajos salarios en el resto de los sectores laborales. La consecución del pleno empleo en 1937/38 fue asimismo producto de la política de rearme bajo cualquier precio lanzada en 1934. Desde este punto de vista parece más razonable hablar de una arriesgada apuesta imperialista que de una moderna política keynsianista de creación de empleo. En resumen, no parecen muy convincentes estos intentos de recuperar algunas facetas del nacionalsocialismo como supuestos antecedentes del moderno Estado social y liberal de la postguerra ²⁷.

der nationalsozialistischen Führungsclique, durch (die, so denkt man weiter, unglücklichen Umständen oder Fehlentscheidungen zufolge nicht hat realisiert werden können). Hier liegt der Kern des Dissenses der Forschung.» Cf. MOMMSEN, Hans, «Noch einmal: Nationalsozialismus und Modernisierung», en *Geschichte und Gesellschaft*, 21, 1995, pp. 391-402, cita p. 399.

²⁷ Para una revisión crítica de las tesis de Zitelmann, Prinz y otros se pueden ver los artículos de FREI, Norbert, «Wie modern war der Nationalsozialismus?», en *Geschichte und Gesellschaft*, 19, 1993, pp. 367-387, y KÖNKE, Günter, «"Modernisierungs-

6. Conclusión

Todavía en febrero de 1945 Josef Goebbels, en una de sus tristemente célebres alocaciones radiofónicas comunicó a sus oyentes su opinión de que la historia mundial perdería todo sentido y razón de ser si Alemania no ganaba la guerra²⁸. 50 años después, afortunadamente quedan pocos que no compartieran la convicción exactamente contraria de que para asegurar a la humanidad un futuro mínimamente digno era imprescindible la derrota alemana y la aniquilación del régimen nazi. Los historiadores han jugado un papel importante en este proceso de concienciación de la población no sólo recordando el horror de los crímenes cometidos por los nazis, sino sobre todo analizando y explicando las razones y las circunstancias que posibilitaron la barbarie del *Tercer Reich*. De hecho, el pasado es el único laboratorio a nuestra disposición que, aunque no nos permite predecir el futuro, sí ayuda a construir escenarios más o menos coherentes para el posible desarrollo de la historia, escenarios que nos pueden servir como señales de orientación en nuestra vida cotidiana. La historiografía que pierde esta función fundamental de contribuir a la ilustración y emancipación de la sociedad mediante una crítica evaluación del pasado facilitando una mejor orientación en el presente y el futuro se convertiría en un mero juego de pasatiempos²⁹. Hitler no volverá porque la historia nunca se repite, pero el fantasma del fascismo queda vivo no sólo en la ex-Yugoslavia o la xenofobia del líder ultraderechista francés Le Pen. Cuando en un país democrático como España desde las altas esferas del gobierno se organiza un terrorismo estatal con fines políticos o cuando en un país democrático como Euskadi el tiro en la nuca, el secuestro, la amenaza y la violencia callejera en puro estilo SA en favor de algún nebuloso objetivo político se ha podido convertir en el pan de cada día, el análisis de los movimientos fascistas y de las ideologías totalitarias también 50 años después no ha perdido en absoluto actualidad.

schub" oder relative Stagnation? Einige Anmerkungen zum Verhältnis von Nationalsozialismus und Moderne», en *ibid.*, 20, 1994, pp. 585-609 (cifras sobre inversiones en el sector armero p. 607 s.); SCHNEIDER, M.: «Nationalsozialismus und Modernisierung? Probleme einer Neubewertung des "Dritten Reiches"», en *Archiv für Sozialgeschichte*, 32, 1992, pp. 541-545.

²⁸ Cita en SCHULZE, p. 24.

²⁹ KOCKA, Jürgen, *Geschichte und Aufklärung*, Göttingen, 1989; WEHLER, Hans-Ulrich, *Aus der Geschichte lernen?*, München, 1988.